

Zapateros argelinos

repente enemigos traicioneros, y de una hora á otra puede levantarse el terrible simun y correr y exterminar barriéndolo todo con sus fieras alas.

Los soldados no saben más sino que han de obedecer. Sin ambición, porque la ambición no es permitida á todos, naturalmente heroicos, exentos de segunda intención, marchan siempre adelante. Estarán alegres en el alto dormirán esta noche al abrigo de las tiendas y mañana, ya descansados, seguirán su marcha.

Mientras hago rodar estos pensamientos, se van los músicos y yo entro en el café Moro. ¿No diremos nada de este café? Sí, por cierto. Allí se come muy buen alcuzcuz en mesas pintadas de rojo y oro con tablero de porcelana al estilo persa. Rojos pilares sostienen el techo, y rojo es el color dominante en el decorado con mezcla de arabescos y caracteres cúficos. Unas vidrieras, ó mejor dicho, mosaicos de vidrios de co-

lores filtran la luz y mantienen la ilusión de suave fresco y de cierto misterio.

Sobre un estrado están los músicos tocando la *rhita*, el violín ó la viola árabe, el bombo, el tambor y los címbalos, y las bailarinas moras, judías, ó negras del Bornu, muy ataviadas con sus vestidos azules, rojos ó amarillos, guarnecidos de bordados y broches de plata.

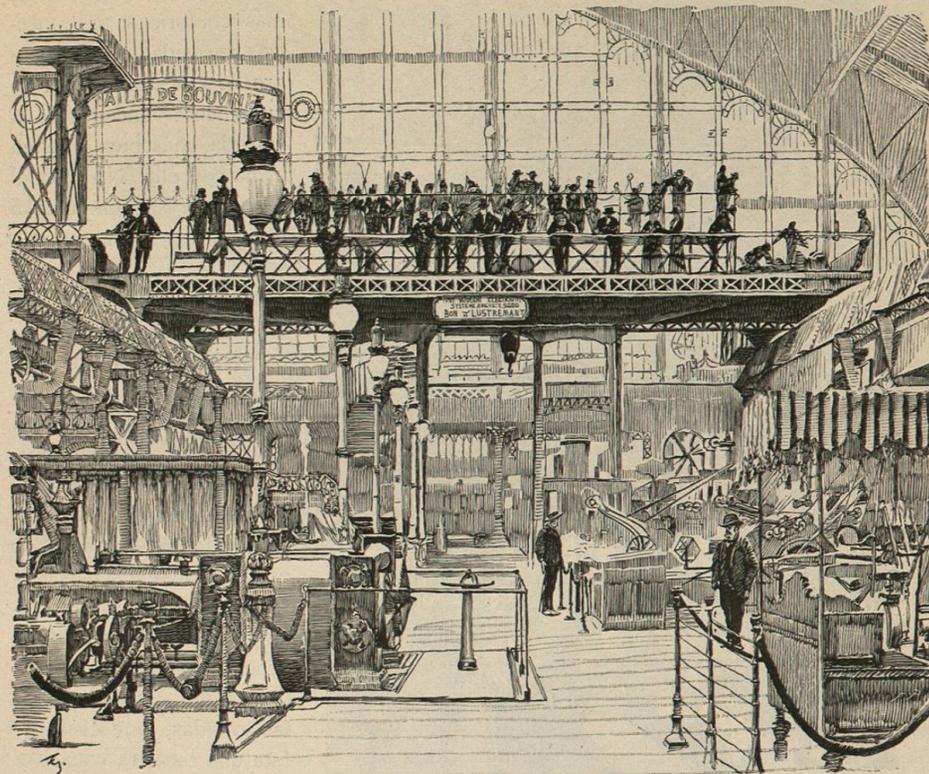
Una de ellas baila con graciosa audacia la llamada danza de los sables, al compás del violín ó de la viola, cuyos derbuches heridos en cadencia dan un ritmo harto monótono, pero característico.

Después entra en turno Yashmina, la hermosa é indolente judía, vestida de violado y plata, llevando por tocado una especie de cofia de raso. La admirable joven de la mirada lánguida ejecuta una pantomima, lánguida también, la pantomima de la coquetería; y es de ver cómo se mira sonriendo en el espejillo de mano que cuelga de su cintura.

A las percusiones del bombo y los címbalos, se entrega la negra al ejercicio más violento, al salto.

En otro lugar de esta Revista describiremos tan extrañas músicas y danzas y hablaremos también de los desconcertados ejercicios de los Aisauas, convulsionarios y taumaturgos. ¡Cuántas cosas en una Exposición universal! El mundo entero se refleja en ella y se resume en su hormigueo con la infinita variedad de los colores y de las costumbres.

LEÓN DUSSERT.



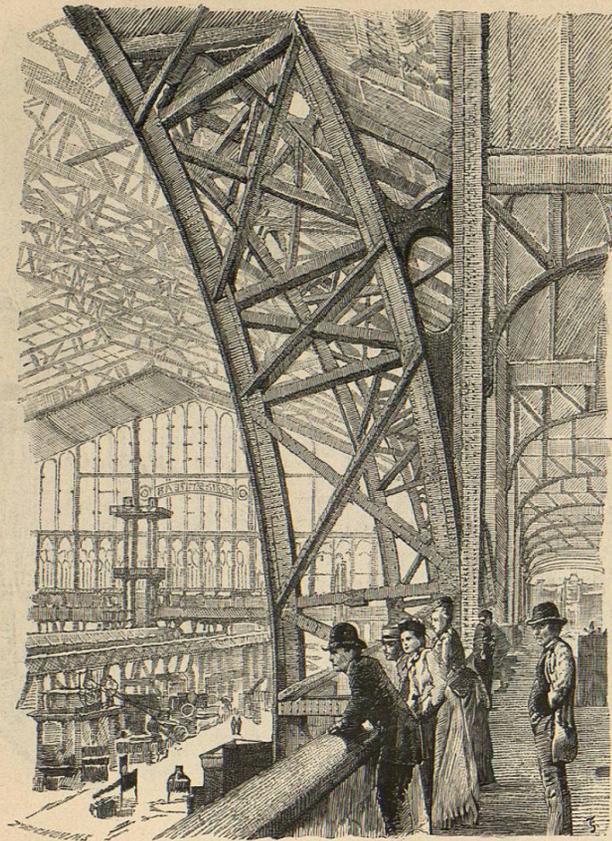
El puente rodante

EL PALACIO DE LAS MÁQUINAS

I.

Esta es, á buen seguro, la creación más completa del Campo de Marte, la más sorprendente de concepción, como también la más formidable de audacia. Se ha dicho ya de este Palacio de las Máquinas que es la obra maestra del arte mecánico. Es mucho decir ciertamente en una época en que el hierro es la única materia con que se forjan los cetros; es decir mucho, pero no es decir demasiado.

El Palacio de las Máquinas es el edificio más notable que se debe á la metalurgia. Verdaderamente, la Torre Eiffel con su gigantesco cuerpo de metal, sus plataformas sobrepuestas, la armoniosa ligereza de su estructura y su carácter de enormidad adelgazada, debe ser considerada como un soberbio trabajo. Pero me parece que el Palacio de las Máquinas tiene algo más generoso en su pensamiento y algo más armonioso en su grandeza. La Torre Eiffel, á pesar de todo, en su nobleza misma conserva cierta apariencia, ciertos visos y dejos de bravata. Al contrario, el Palacio de las Máquinas revela am-



Galería superior

que se encuadran las vidrieras: el de la izquierda representa el Vapor, y el de la derecha a Electricidad: M. Chapu ha modelado ésta y M. Barrias aquélla.

Hay que pasar pronto el umbral y se pasa sin gran demora. Estos titánicos grupos, destacados en blanco sobre el fondo oscuro de la arquitectura, no tienen nada tampoco que pueda retener.

Y luego se tiene enfrente, en toda su longitud, la prodigiosa nave. Al principio no se sabe qué pensar: tal es la exactitud de las proporciones que no se da uno cuenta de ellas. Poco á poco se descubre la obra maestra y entonces confunde y asombra el ánimo.

En efecto ¡ciento quince metros de latitud en vigas de un solo tiro! ¡Ochenta metros de longitud! ¡Cuarenta y cinco metros de altura! ¡Una bóveda de vidrios bajo la cual podría alzarse la columna Vandoina! ¡Una superficie cubierta de unas cinco hectáreas! ¡A derecha é izquierda sendas galerías elevadas á un piso y compuestas de una serie de bovedillas semejantes á las capillas laterales de esta gigantesca basílica de hierro! ¡Una decoración apenas aparente á lo largo de los plafones inclinados; los escudos de las grandes ciudades del mundo y de nuestras capitales de departamento, y que no tiene menos de 18.000 metros de pintura!...

biciones más normales, más conformes con nuestras necesidades. El hombre se muestra aquí tranquilamente vencedor de la materia, más bien que en lucha con ella. No lleva el orgullo de su conquista á las nubes; se goza en ella aquí abajo.

Entrase á voluntad, del interior de la Exposición, por la galería de treinta metros, que desemboca exactamente en el centro del palacio, ó por la continuación de la calle del Cairo; del exterior, por la avenida del Bourdonnais. Por este lado se revela más particularmente la indecible amplitud del edificio. Poco decorado. El caballete está flanqueado por dos torretas caladas, que tienen, ésta una escalera y aquélla un ascensor para el servicio. Dos grupos de yeso, de siete metros de altura, sostienen el gran arco en



En el puente rodante

El curioso comienza á comprender y á impresionarse y consulta los documentos.

Los documentos le dicen que no se han empleado menos de 2.968.050 kilos de hierro, y que en cinco meses apenas se ha llevado á feliz término la colosal empresa.

Entonces examina. La admirable desnudez de la nave casi enteramente decorada por sus solas líneas — porque las pinturas de los plafones inclinados, de un color desagradable, más bien la afean que embellecen — la libre expansión de la luz entrando por todas partes, la irrupción del sol que hace resplandecer todas las salientes, todos los reflejos como al aire libre, todo esto se impone á la imaginación.

Añádase la majestad de los pilares, los puentes rodantes que recorren sin cesar la nave á ocho metros de altura, el faro central deslumbrador, los enormes motores, las mil y mil máquinas que se agitan y mugen, ese inverosímil hormiguo que parece decir: «Yo soy útil, pero también tengo mi hermosura y mi grandeza.» Y en efecto, el Palacio de las Máquinas tiene el carácter más noblemente grandioso.

Una de las evidentes preocupaciones del autor ha sido humanizar la obra, casi exorbitante en sí. Cuanto más se trabajaba en lo colosal, tanto más se debían proporcionar á la escala humana las formas y los detalles. El hierro tiene naturalmente rudeza y sequedad: era menester suavizarlo, hacerlo flexible. Se tenía que simplificar la construcción, no emplear una sola pieza, cuya necesidad no saltara á la vista, dar á la arquitectura de metal un carácter esencialmente derivado de las aptitudes metálicas. Los colosos de fundición tienen ordinariamente bases y capiteles tomados de la arquitectura de piedra: estos ilogismos fueron radicalmente suprimidos. Los pilares que se levantaron se hicieron únicamente de hierros laminados del comercio. No se introdujo ninguna fundición decorativa ni aun en las escaleras. Y sin embargo, no pudierais creer que la decoración propia- mente dicha no figure en el conjunto.

Así, para la decoración, se creyó que se debía romper con el tono gris, azulado, casi

siempre empleado para el hierro, y se dió á la construcción metálica un tono amarillo, ligeramente rosado, que toma reflejos de oro á los rayos del sol.

He hablado ya también de los escudos de armas de las grandes ciudades de Francia, de las colonias y de los países extranjeros, decorando la parte baja de la nave y reunidos por un animado friso, donde están figuradas, bajo cada blasón, las más importantes producciones regionales. Pero no hay que insistir en los detalles que son ya conocidos.

Sería un amplio asunto de estudio esta sorprendente construcción resumiendo en sí la ciencia, el arte, la labor, el concepto del ingeniero moderno. Todo se encuentra en ella; desde la enormidad de las dimensiones hasta la finura y pureza de los perfiles. La nave es semejante á la quilla de un navío, prodigiosa y desmesurada, derribada por una fuerza sobrenatural. Todo lo que se ofrece á la vista en este conjunto pica la curiosidad é impele á investigar el secreto del constructor.

Examinad pues esos grandes arcos de hierro que constituyen el armazón del palacio, y os convenceréis de cómo han dotado la industria metalúrgica de una innovación preciosa. Esos arcos están articulados en su parte superior y en los dos puntos con que tocan al suelo, alrededor de potentes rótulas gruesas como el cuerpo de un hombre. La articulación permite á estos arcos dilatarse libremente, lo que hubiera sido imposible á órganos de forma ordinaria.

Por los caprichos de la temperatura el juego de vigas de hierro podía traer cataclismos inesperados. Pero la ciencia lo ha previsto todo colocando sus columnas en trenes compensadores, los cuales adelantan ó retrasan, según las variaciones de la temperatura, el largo rail proporcionado á su peso; la ciencia, decíamos, ha hecho imposible todo accidente. El sistema es tan sencillo como práctico: no había más que encontrarlo.

¿A quién se debe esta disposición tan nueva? ¿A M. Dutert, el arquitecto, ó á M. Contamin, el ingeniero? Las dos personalidades están ligadas de hoy más en una sola, en lo que atañe á esa obra de gigantes: ellos son el autor del Palacio de las Máquinas.

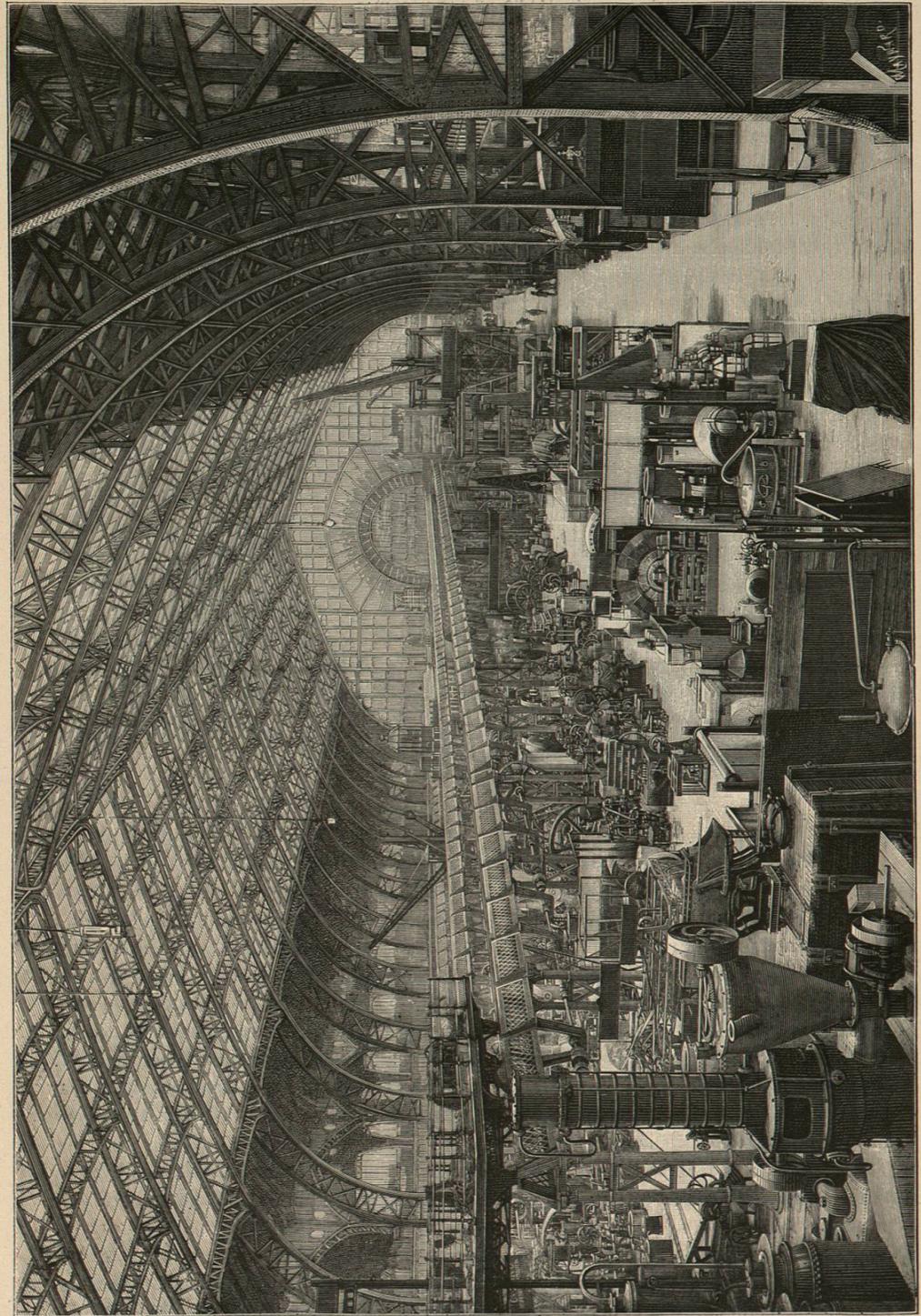
II

Las inusitadas dimensiones del edificio son para los visitantes perpetuo asunto de admiración. Cuando se ha recorrido en todas direcciones la sorprendente nave, se comprende mejor por qué es ya célebre en el mundo entero.

El Palacio de las Máquinas se extiende en toda la amplitud del Campo de Marte, paralelamente á la Escuela Militar. Se ha calculado que representa, con todas sus galerías, una superficie de 80.400 metros cuadrados. Un cuerpo de ejército de 30.000 hombres podría acampar allí sin grande embarazo, disponiendo cada hombre de dos y medio metros cuadrados; y quedando libres los corredores, pasos y pasillos, todavía podrían instalarse hasta 12.000 caballos, á condición sin embargo de alojar los jinetes en la galería del primer piso.

Llegamos ahora á la disposición ó distribución general del edificio.

El palacio está dividido transversalmente en cierto número de compartimientos, perteneciendo los centrales á las máquinas *en acción*. Los compartimientos laterales, la galería del perímetro de la planta baja y la galería del primer piso están reservados á las máquinas *en reposo*, como se ha convenido en llamar á las que no tienen que recibir ninguna fuerza mótriz.



Visita general de la Galería de las Máquinas